HENRY JAMES

El mentiroso



«Una pequeña joya del maestro de la novela y un triángulo sentimental inolvidable»



El mentiroso

HENRY JAMES

El mentiroso

los INTE MPEST IVOS

Traducción de Pilar Adón

Postfacio de Max Lacruz



1

El tren llegó con media hora de retraso y el traslado en coche desde la estación a la casa de campo duró más de lo previsto, de modo que cuando llegó los invitados ya se habían retirado a vestirse para la cena. A él lo llevaron directamente a su habitación, donde las cortinas estaban echadas, las velas encendidas y el fuego resplandecía. Una vez que el criado hubo colocado diligentemente sus ropas, aquel pequeño y cómodo lugar se le antojó más sugerente: parecía prometer una estancia agra-

dable, una compañía variopinta, charlas, encuentros, afinidades, por no hablar de un ambiente muy animado. Él siempre estaba demasiado ocupado con su profesión como para poder ir a menudo al campo, pero había oído hablar a algunas personas, que sin duda disponían de más tiempo, de ciertos lugares en los que «le trataban a uno muy bien». Y él presentía que en Casa Stayes sería así. Cuan-do se hallaba en el dormitorio de una casa de campo siempre examinaba en primer lugar los libros de los estantes y los grabados de las paredes. Consideraba que estos elementos eran una pauta para valorar la cultura, e incluso el carácter de los anfitriones. A pesar de disponer de poco tiempo para entregarse a semejante actividad, una inspección somera le confirmó que si la literatura era, de modo bastante previsible, básicamente norteamericana y humorística, los cuadros no eran ni estudios de niños a la acuarela ni grabados al uso. Las paredes estaban adornadas con litografías antiguas, principalmente retratos de hacendados con cuellos altos y guantes de montar a caballo, lo que le llevó a pensar, no sin cierto alivio, que en aquella casa la tradición del retrato era algo que se tenía en estima. Encontró también la consabida novela de Le Fanu* en la mesita de noche, lectura ideal en una casa de campo pasada la medianoche. Oliver Lyon apenas pudo reprimir los deseos de comenzar a leerla mientras se abotonaba la camisa.

Y tal vez eso hizo que no sólo se encontrara a todo el mundo ya reunido en el vestíbulo cuando bajó, sino que además percibió, por la inmediatez con que se desplazaron todos para cenar, que lo habían estado esperando. No hubo tiempo de que le presentaran a ninguna dama, así que salió junto a un grupo de hombres solos, sin pareja. Los más rezagados, como de costumbre, caracolearon ante

^{*.-} Las novelas de más éxito de J. Sheridan Le Fanu (1814-1873) versan sobre acontecimientos misteriosos y sobrenaturales.

la puerta del comedor. El desenlace de esta pequeña comedia fue que él llegó el último a la mesa, lo que le hizo pensar que se hallaba en una compañía suficientemente distinguida ya que, si lo hubieran menospreciado —que no lo hicieron— no habría podido consolarse pensando que aquél era el destino más probable para un joven artista como él, esforzado y oscuro. Lo cierto es que, muy a su pesar, no podría seguir considerándose joven durante mucho más tiempo, y si su posición no era tan brillante como debiera, no podía seguir justificándose a sí mismo con la excusa del artista que lucha por abrirse camino. Disfrutaba de cierto prestigio y, por lo visto, se encontraba en una reunión de personas prestigiosas, idea que se añadió a la curiosidad con la que, tras sentarse en su sitio, inspeccionó la extensa mesa.

Se trataba de una cena muy concurrida: veinticinco personas. Una ocasión un tanto extraña para invitarlo, puesto que no podría rodearse de esa tranquilidad tan necesaria para llevar a cabo un buen trabajo. Sin embargo, la contemplación del espectáculo de la comedia humana en sus momentos de esparcimiento era algo que jamás había interferido en su trabajo. Y, aunque no lo supiera, en Staves nunca reinaba la tranquilidad. Cuando le era posible trabajar bien se encontraba en ese feliz estado —el más feliz de todos los estados para un artista- en el que las cosas en general sirven para enriquecer el proyecto en particular, se fusionan con él, logran que avance y lo justifican. En esos instantes llegaba a pensar que no podía sucederle nada en el mundo —ya surgiera bajo la apariencia del desastre o del sufrimiento— que no supusiese una verdadera mejora para su obra. Por otra parte, sentía cierta exaltación, que ya había experimentado en otras ocasiones, a causa del brusco cambio de decorado: el paso, al caer la tarde, del brumoso Londres y su estudio, al que estaba ya muy habituado, a un lugar de asueto en el corazón de Hertfordshire, irrumpiendo a media función en aquel espectáculo de mujeres hermosas, caballeros distinguidos y orquídeas maravillosas en jarrones de plata. Observó como un hecho de no poca importancia el que una de aquellas mujeres hermosas estuviera a su lado en la mesa. Al otro lado se había sentado un caballero. Pero aún no había prestado demasiada atención a sus acompañantes, ya que estaba buscando a Sir David, a quien nunca había visto y por quien, naturalmente, sentía curiosidad.

Sin embargo, resultaba evidente que Sir David no estaba en la cena, una circunstancia suficientemente explicada por la otra circunstancia que constituía la principal información que nuestro amigo tenía de él: era un anciano de noventa años. Oliver Lyon aguardaba con expectación la oportunidad de pintar a un nonagenario y, aunque su ausencia le resultara algo decepcionante pues era una oportunidad menos para observarle antes de comenzar su trabajo, aquello parecía indicar que se trataba casi de una reliquia sagrada y, por lo tanto, quizá también digna de admiración. Lyon se dedicó entonces a observar al hijo con el mayor interés, preguntándose si el lustroso sonrojamiento de sus mejillas le habría sido transmitido por Sir David, porque resulta-ría divertido pintar algo similar en el anciano: el rubor marchito propio de una manzana invernal, especialmente si además venía acompañado de una mirada despierta y un pelo que hubiera adquirido la blancura de la escarcha. El pelo de Arthur Ashmore tenía un resplandor veraniego, pero Lyon se sentía afortunado de que su encargo fuera retratar al padre y no al hijo, a pesar de no haber visto nunca al primero y de que el otro estuviera sentado allí, ante él, prodigando una hospitalidad de lo más jovial.

Arthur Ashmore era un *gentleman* inglés de cuello grueso y aspecto saludable, pero no podía considerársele exactamente un motivo pictórico. Podría haberse tratado perfectamente de un granjero o de

un banquero, por lo que difícilmente cabía pintarlo como un prototipo. Y su esposa tampoco compensaba esta carencia. Era una mu-jer grande, lustrosa, negativa, que ofrecía, de algu-na manera como su marido, un aspecto tremendamente inmaculado, parecido al del barniz fresco. Daba la impresión (y Lyon apenas podía precisar si semejante efecto provenía de su tez o de sus ropas) de que estaría perfecta en un marco dorado, sugiriendo una referencia a un catálogo o a una lista de precios. En conjunto, era como si aquella mujer fuera ya en sí un retrato bastante malo pero caro, pintado a toda prisa por un pincel eminente, y Lyon no tenía ningún interés en copiar semejante modelo. La hermosa mujer a su derecha estaba charlando con su vecino, y el caballero sentado al otro lado se mostraba vacilante y huidizo, de modo que tuvo tiempo para su diversión favorita: observar uno a uno los rostros que tenía a su alrededor. Este pasatiempo lo complacía enormemente, y a menudo consideraba un autén-

tico regalo ese interés en contemplar la máscara humana y que ésta no fuera menos vívida de lo que era —en ocasiones, la clave de su éxito dependía de que se ciñera a esa pauta—, ya que debía ganarse la vida reproduciéndola. Aun cuando Arthur Ashmore no resultara un tema interesante para un cuadro (lo invadió cierta sensación de ansiedad, no fuera a ser que consiguiera un gran trabajo con su suegro y se le metiera en la cabeza a la señora Ashmore que, con ello, había demostrado ser digno va de atreverse con su marido), aun cuando hubiera tenido un poco menos el aspecto de una página sin signos de puntuación (aunque excelente en impresión y márgenes), continuaría mostrando una superficie agradable, iridiscente. Pero, ¿quién era el caballero que estaba sentado cuatro sillas más allá? ¿Podría ser un motivo pictórico, o era sólo su rostro una placa legible de identidad, pulido por un lavado y afeitado puntuales, lo único presentable en él frente a los demás?

14

Ese rostro en concreto atrajo la atención de Oliver Lyon. En un principio le pareció muy hermoso. Pertenecía a un caballero aún joven, de rasgos regulares. Lucía un bigote abundante, rubio, que se rizaba en los extremos; un aspecto distinguido, galante, casi aventurero, con un gran alfiler de corbata brillante en el centro de su camisa. Parecía estar satisfecho de sí mismo, y Lyon advirtió que allí donde posaba su amistosa mirada se producía una sensación tan agradable como la del sol de septiembre; como si pudiera hacer que las uvas y las peras, e incluso el afecto humano, madurasen con sólo mirarlos. Lo extraño era que parecía producirse en aquel hombre cierta combinación entre lo correcto y lo extravagante, como si se tratara de un aventurero que imitase con insólita perfección a un ca-ballero o de un caballero que tuviera el capricho de andar por ahí con las armas ocultas. Podría haberse tratado de un príncipe destronado o del corresponsal de guerra de un periódico. Simbolizaba tanto la aventura como la tradición, tanto las buenas maneras como el mal gusto. Lyon co-menzó a hablar por fin con la dama que tenía a su lado — prescindieron de las presentaciones, como ya había tenido que hacer en otras cenas—, y le preguntó si sabía quién era aquel personaje.

—Ah, es el coronel Capadose, ¿no le conoce? —Lyon no lo conocía, por lo que solicitó más información. Su vecina mostraba un talante sociable y, obviamente, estaba acostumbrada a los cambios repentinos de conversación. Dejando a su otro interlocutor, se giró con aire metódico, del mismo modo que un buen cocinero levantaría la tapadera de la siguiente cacerola—. Ha estado mucho tiempo en la India. ¿No sabe que es muy famoso? —preguntó. Lyon confesó que nunca había oído hablar de él, y ella continuó—: Bien, entonces quizá no lo sea, pero él dice que lo es, y si se para usted a pensarlo, las dos cosas son exactamente lo mismo, ¿no cree?